Telón de Agora

DESEO BAJO LOS OLMOS. LAS ENTRETENIDAS. LA REVELACIÓN. BODAS DE SANGRE. SOLEDAD. LA DIFUNTA.

La Compañía de Nuria Espert y Armando Moreno ha estrenado, en el Reina Victoria, DESEO BAJO LOS OLMOS, de Eugenio O'Neill; traducción, de León Mirlas.

La obra, una cumbre del autor americano, ha sufrido cortes para acoplarla a nuestro horario y, aun admitiendo que han sido hechos con habilidad, abrevian procesos sicológicos cuyas consecuencias van demasiado lejos. El diálogo resulta, muchas veces, envarado y falso: "Toma asiento", por "siéntate", etc. Las luces proyectan en el campo la sombra de los actores que representan dentro de la granja. Y, en la ambientación del montaje, completamente realista, los mirlos y otros pájaros cantan, sin parar, de noche. ¿Pasaba eso en Nueva Inglaterra en 1850? No nos gustó tampoco la interpretación. Al único que salvamos es a Ramón Durán en el papel de *Efraín*. Fué, pese a su vieja escuela, el mejor. Nuria Espert, actriz de vocación innegable, estuvo sólo discreta en las escenas de menos peso. En las dramáticas, nos abrumó sin tregua con un soniquete aragonés y otras desdichas que nos dieron lipori y nos hizo evocar a Agustina de Aragón, inoportunamente. No. A Nuria Espert no le va este teatro, aunque haya hecho MEDEA—que no vimos—; aunque tenga la ambiciosa, y laudable, pretensión de dárnoslo.

Estreno aparte, es curioso ver cómo O'Neill, buscador, innovador, gran creador del teatro, se atiene en su tragedia a las leyes clásicas más superfluas del género: la pregonada salida de *Efraín*—que no traerá nada bueno—a "buscar el mensaje de Dios en primavera"; y la "moraleja" contra la lujuria de la juventud y las irreflexivas audacias de los viejos. Pero, en fin, oímos algunos grandes párrafos de O'Neill: "el Dios duro" de *Efraín Oabot,* etc. No perdimos la noche.

Miguel Mihura ha estrenado en la Comedia LAS ENTRETENIDAS. El maestro del humor ha conseguido una obra próxima a sus mejores creaciones. LAS ENTRETENIDAS tiene, nos parece, dos inconvenientes: la reiteración innecesaria que alarga demasiado algunas escenas y, en la segunda parte, ciertas descarnaduras por las que se ve el oficio muchas veces. Por lo demás, la obra ostenta la fina valentía de otras obras de este autor, su magistral diálogo, sus leves y difíciles escenas a que nos tiene acostumbrados siempre, aun en sus obras menos afortunadas. LAS ENTRETENIDAS

está creada con sagacidad sicológica y sus protagonistas, sobre todo, son modelo de autenticidad y riqueza de reacciones. Lo mismo el tan libertino como pacato *José* que su humanísima "entretenida" *Fany*.

Mihura ha asumido la dirección esta vez y, como cualquier autor, se ha limitado a servir sencillamente al texto. La interpretación fué mediana, excepto la de Julia Caba Alba. Los demás podrían disponerse en este orden cualitativo: Julia Gutiérrez Caba, Antonio Garisa—que sacó a relucir a veces su nefasta experiencia "revisteril"—y Rafael Alonso. El decorado, de Viudes, realizado por Manuel López, sin nada relevante.

En versión impecable de Agustín Gómez-Arcos, se ha estrenado en el Goya LA REVELACIÓN, de René-Jean Clot.

LA REVELACIÓN es un drama de gran interés en el que está patente la mesura, el honrado equilibrio del autor. La materia dramática era muy escabrosa para no desbarrar o convertir la obra en libelo o mitín fácil y tendencioso. René-Jean Clot ha empuñado por igual la rienda religiosa y la profana, y ha dejado constancia de un hecho y una situación que si no han sido ciertos—no lo sabemos—, bien pudieran serlo. Esta es, creemos, su única intención, porque si no, el drama sólo sería un planteamiento maestro para un desenlace demasiado corto y débil.

Nuestro interés y atención se ven, en cierto modo, frustrados en esas escasas—y tal vez poco definitivas—frases finales que cierran la obra "sicológicamente", a pesar de la magnífica escena última. Toda la obra es la creación de un buen autor, pero, al final, echamos de menos a un gran autor. La obra—cuya acción transcurre en nuestros días, en el Reformatorio de Laval (Francia)—pertenece a la ya larga serie de obras contemporáneas que podríamos calificar de obras-cilicio; obras que flagelan y alertan a los cristianos.

La dirección, de José Osuna, fué muy acertada, no sólo en la intención y el movimiento escénicos, sino también en la elección de actores —un elenco nutridísimo, disciplinado—, para muy diversos "tipos". Nuestro elogio sin reservas a Mari Carmen Prendes, Elvira Quintilla, Ana María Noé, Elena María Tejeiro, Julieta Serrano, Alicia Hermida y Terele Pavez.

José Tamayo ha montado BODAS DE SANGRE, de Federico García Lorca, es el teatro Bellas Artes.

Es siempre una buena experiencia, al menos para mí, ver a Lorca. La fuerza, la fuerza ciega, ingrediente que empuja sus más famosos asuntos, casi nunca está justificada, no está traída por sus pasos, sino que se presenta simple y llanamente como un cataclismo que debemos aceptar. Sería más difícil lo contrario. El diálogo corre el riesgo, en muchas ocasiones, de las más explosivas imágenes en un teatro—en un libro es otra cosa—y del entusiasmo más cargante por el macho. Es evidente la búsqueda—no el logro—de una fórmula escénica a la vez, española, de altura y de público. BODAS DE SANGRE es convencional, simple, recargada, falsa, y, sin embargo, salimos con oro en las manos.

Quizá porque la búsqueda nombrada más arriba se alimentaba también de una acorde y sincerísima introspección del autor. Tal vez porque estos muñecos de pasiones envaradas hacen sangre, a veces, con palabras y se mueven, un instante, como personas. O porque en este teatro—ahondando, podando—había camino... Muchas cosas, en la butaca, nos sonrojan, nos hieren y nos convierten en antípodas de BODAS DE SANGRE. Pero otras muchas nos atraen, nos ganan, nos acercan, admirativamente, a ella. No hay término medio.

Magníficos los decorados de José Caballero. Anodina, impersonal, la dirección de Tamayo. Vulgar y mala, en general, la interpretación. Estuvieron correctos en sus cometidos Julia Lorente, Paloma Lorena, José Sancho Sterling, José Rubio y Rafael Arcos. Pepita Serrador, desafortunada en las escenas dramáticas, las del final sobre todo: el monólogo del "cuchillo", del "cuchillito", debe ser una meditación. Laura Alcoriza arranca con una nana patética, no sabemos por qué. Y Paquita Rico, tan guapa, actuó como almidonada siempre, más atenta a lo de fuera que a lo interior. Mención aparte y de primer orden merece la voz de Berta Riaza en el importante monólogo de la Luna. La voz de una gran actriz.

José Luis Alonso ha montado y dirigido, en el María Guerrero, SOLEDAD y LA DIFUNTA, de Unamuno.

Encontramos el teatro unamuniano falto de muchas cosas no sólo accesorias. Remito al lector a mi crítica a FEDRA en el número enero-febrero del 58. Pero...

SOLEDAD tiene, quizá menos acusados, los invariables defectos escénicos de Unamuno: los personajes se mueven torpemente, les cuesta hacer mutis y nunca entrarían a escena si no fuera por los fórceps, por la remolcadora ayuda de una criada, que exclusivamente sirve para eso. El diálogo es cargante, ingenuo, aristado, bronco, difícil de lidiar, en suma. Las situaciones pierden su hilo o son gratuitas, sin ninguna premisa. El protagonista es Unamuno, llámese como se llame, y los agonistas están marcados por él. La abuela, *Sofía,* es completamente otra en el segundo acto, si debemos guiarnos por el primero, etc. Bien. Esto nos lo figurábamos o lo sabíamos. Pasemos ahora a lo que hemos visto.

En un piso grandón de una capital de provincia—con vieja biblioteca, alfombras, mesa camilla, cama alta de hierro—, una familia "provinciana" habla de Dios, de la gloria—mayúscula y minúscula—, de la inmortalidad, la muerte, la soledad, la política, el teatro, la justicia humana y divina, la amistad, junto a un balcón que da a una gran plaza en la que, a veces, cantan corros de niños. Lo que dicen es pequeño, estático, no alza el vuelo, no rebasa los límites de un gran café destartalado o una comarca dormida. Y es pequeño porque nunca acaban diciendo algo del todo grande. El lenguaje de esta familia es de misal viejo, de casa orgullosa y rancia. Y lo que se debate allí, realmente, es salir o no de una plácida costumbre intelectual, de una placidez provinciana, dramática si queréis. Y, como se menosprecian o rehuyen las formas de vida impuestas por la capital del país, se agiganta el ejemplo, la docencia de los pasajes bíblicos, de Prometeo, Hamlet, D. Quijote, Segismundo... La creación más viable

para el hombre, la de la carne, frustrada por muerte en SOLEDAD, libra batalla con la creación literaria y la creación histórica en el protagonista. Y toda la obra y todos los personajes son una metáfora de sus preocupaciones, de las preocupaciones de *Agustín*.

Vista así SOLEDAD, minimizando opiniones y personajes, fantasmagorizando el ambiente, deduciendo, no el relieve, la genialidad, sino la impotencia, el fracaso de estas gentes (burlando, en fin, la intención de Unamuno), cobra la obra auténtica importancia.

Los actores diluyeron, disimularon a D. Miguel. A Unamuno, en efecto, no hay que subrayarle—de eso ya se ocupaba él bastante—; hay que esfumarle. Todos actuaron bien. María Dolores Pradera, extraordinariamente. Sin ella habría sido la obra muchísimo menos. Le van los personajes tocados de irrealidad, de ensueño, o de mansa, fatal cotidianeidad.

Unamuno, por boca de su personaje y representante *Agustín*—José Bódalo—, dice: "Me rebosaba vida y quise dársela a los indigentes de ella." Este sobrante de vida, que toleran mejor otros géneros literarios, no se lo perdona del todo el Teatro ni a sus favoritos; ni, por ejemplo, a Lope. Y Unamuno no era, precisamente, un favorito suyo.

Nos parece que José Luis Alonso ha dejado en su "justo medio" esta obra de Unamuno. Acaso habría que difuminar así otras obras suyas. No deja de ser curioso que a SOLEDAD le vaya mejor cierto tufillo de época, al revés que las obras de otros autores que se pueden siempre actualizar sin peligro. Las de Unamuno, no. Con el director ha colaborado preeminentemente el bello decorado de Manuel Mampaso.

LA DIFUNTA *es* el sainete, *la comedia,* que el crítico *Enrique* pide al autor *Agustín* en SOLEDAD. Es un acto despreocupado, gracioso, en que Unamuno especula sobre el amor de un viudo reciente en primavera. No es peor LA DIFUNTA que muchas alabadas obras rusas breves. Sí, rusas: porque los personajes, la simplicidad, las situaciones, el arranque de la obra, las recuerdan...

Mampaso, decorador, y los actores—Guadalupe Muñoz Sampedro, Lola Cardona, Antonio Ferrandis y Alfredo Landa—no escatimaron arte en esta pieza de humor. Al contrario.

M. F.

